

08/05



Llego al trabajo antes que la mayoría. Las luces apenas terminan de encenderse y el silencio dura poco antes de que comiencen los correos, las llamadas y las tareas urgentes. Camino hacia mi escritorio como cualquier otro día. Entre la gente que entra y sale, ella pasa, me saluda y me saca una sonrisa. Después todo sigue igual.

Me siento frente a la computadora y la rutina toma el control. Una tarea lleva a otra, una reunión abre nuevos pendientes y, sin darme cuenta, la mañana desaparece. Hay días en los que el trabajo parece una carrera sin línea de meta. Cada problema resuelto deja espacio para otro más.

Las horas avanzan rápido. El café deja de hacer efecto, la espalda comienza a resentir el tiempo sentado y la pantalla se convierte en el paisaje principal del día. Miro alrededor y veo a todos ocupados, concentrados, persiguiendo algo. Entonces me pregunto cuántos estarán sintiendo lo mismo.

A veces parece que vivimos atrapados entre horarios, responsabilidades y expectativas. Trabajamos para construir una vida mejor, pero muchas veces estamos tan ocupados trabajando que olvidamos disfrutarla. Los días se parecen demasiado entre sí y las semanas desaparecen sin dejar demasiados recuerdos.

Cuando finalmente llegan las cinco, guardo mis cosas y camino hacia la salida. El cansancio está ahí, pero también una pregunta que aparece cada vez con más frecuencia. ¿Realmente estamos avanzando o solo nos estamos moviendo?

Mientras camino hacia afuera, pienso que mañana probablemente será muy parecido a hoy. Las mismas luces, los mismos pendientes y las mismas horas corriendo frente a una pantalla. Entonces me pregunto si hemos confundido el objetivo. Quizá no necesitamos más dinero ni más cosas. Quizá lo que realmente nos falta es más libertad. Porque al final, la verdadera riqueza podría ser tener tiempo para vivir la vida que pasamos tanto tiempo intentando construir.